



El zapatismo en la literatura mexicana: el caso de Juan Villoro

Manuel Lario Bastida

Grupo Estudios Críticos de Comunicación (ECCO), Universidad de Almería.

manuel.lario@murciaeduca.es

Resumen

El zapatismo chiapaneco es un movimiento sociopolítico que ha utilizado mucho, y de forma afortunada, el discurso como arma de combate, capaz de construir un relato que le fuera favorable para ganar el apoyo social del pueblo mexicano. Ese discurso ha sido, además, eminentemente literario, de la mano de los relatos y novelas que ha firmado su portavoz, el subcomandante Marcos. Así, vemos como el impacto del EZLN ha sido notable en la literatura mexicana y en muchos otros países. En este artículo nos proponemos investigar el impacto que ha tenido en la obra de uno de los más célebres y respetados escritores mexicanos, Juan Villoro, así como desvelar la evolución de su posición política ante este movimiento en los últimos veinte años.

Palabras clave: EZLN, zapatismo, Juan Villoro, literatura mexicana

Abstract

The zapatismo chiapaneco is a sociopolitical movement that has used widely and successfully speech as a combat weapon, in an attempt to construct a statement that was favorable to gain the social support of the Mexican people. This speech has been, in addition, eminently literary, with the statements and novels that were his spokesperson, the subcommander Marcos has signed. This way, we see how the impact of the EZLN has been notable in the Mexican literature and in many other countries. In this article we propose to investigate the impact that Juan Villoro has had in the work of one of the most famous and respected Mexican writers, as well as to reveal the evolution of his political position before this movement in the last twenty years.

Tags: EZLN, zapatismo, Juan Villoro, mexican literatura

“El Quijote es el mejor libro de teoría política, seguido de Hamlet y Macbeth. No hay mejor forma para entender el sistema político mexicano en su parte trágica y en su parte cómica” (García y Pombo, 2001). Esta afirmación del subcomandante Marcos destaca la interrelación entre la literatura y la política. No se trata, con Celaya, de pedir una escritura que, lejos del *lujo cultural para neutrales, toma partido hasta mancharse*, sino de recordar el significado político del concepto *relato*. Así, Errejón entiende la política como una “*construcción de sentido*” donde el discurso es un terreno en disputa para construir fuerzas favorables al cambio social, unas fuerzas necesitadas de un *relato* entendido como:

“una obra multitudinaria y desordenada, en la que se van acumulando (...) eslóganes que hacen fortuna, novelas, canciones, videos, programas, series, películas y libros; artículos, símbolos, momentos que quedan grabados y se convierten en memoria compartida y mitificada” (2016).

Algo similar afirma Rancière cuando recuerda que la ficción literaria “*es ante todo una estructura de racionalidad*” que intenta aprehender los acontecimientos y sus relaciones. De igual forma que “*la acción política nombra sujetos, identifica situaciones, vincula acontecimientos y deduce de ellos posibles e imposibles, se sirve de ficciones como los novelistas o los cineastas*”, lo ficcional permite pensar nuevas relaciones entre las palabras y las cosas, la repetición del pasado y las proyecciones al futuro, “*el sentido de lo real y lo posible, de lo necesario y de lo verosímil con el que se tejen las formas de la experiencia social y de la subjetivación política*” (2015:14).

Por su parte, Belén Gopegui, en cuyas novelas encontramos reflejos del zapatismo, se preguntaba cómo generar, bajo el capitalismo dominante, una literatura antagonista y crítica con los valores hegemónicos. Para ella, una *poética de una escritura militante, impura y condicionada y material* (2005,17), exige *construir un lugar a donde dirigirse y un espacio común* distinto al de la existente literatura mayoritaria. Si lo literario actúa como proyección de deseos y esperanzas, sólo la conjunción de luchas, azares y militancia ha permitido que, a veces, “*la literatura dejase de transmitir el discurso de las clases dominantes y acertara a pensar, representar y escribir otra vida*”. Así, dicta la necesidad de una *poética* dotada de *astucia* frente al sistema, *indigencia* contra la tradición impuesta, *rebeldía* ante la injusticia y *dignidad* basada en la experiencia colectiva (2005, 18-19). A fin de cuentas, “*Escribir, voy sabiendo, es convocar al fantasma*”, como

afirma un escritor, personaje de su última novela *El comité de la noche* (2014,161), en referencia al decimonónico y marxiano *fantasma que recorre el mundo*.

Si algún movimiento sociopolítico contemporáneo ha hecho un uso intensivo de lo literario en su discurso, este ha sido el zapatismo chiapaneco, situado en la encrucijada del cambio de siglo y de los paradigmas de intervención sociopolítica. El 1 de enero de 1994, un desconocido Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN) se alzaba en armas en Chiapas y declaraba la guerra al Estado mexicano. Diez días de combates dieron paso a un alto el fuego reclamado por la sociedad civil. Comenzaba la *fase semántica* de la revolución, el *combate retórico*, en el que las palabras y las capacidades literarias de su portavoz, el subcomandante Marcos, serían sus principales armas. Su impacto fue muy notable en la literatura chiapaneca, mexicana y mundial, como ahora veremos.

La poética de Marcos y su impacto en otros escritores

El poeta argentino Juan Gelman fue uno de los primeros escritores que llegaron a Chiapas, como reportero, en enero de 1994. Su profundo conocimiento del zapatismo le permite afirmar que el prestigio literario de Marcos es un *“fenómeno raro, sin antecedentes en el mundo porque su fama de escritor dimana de la prosa que vuelca en los comunicados que firma en nombre del EZLN”*. Marcos le aseguró: *“el futuro del zapatismo está en su lenguaje”* (Gelman, 1996). En otra entrevista concedida a García Márquez, Marcos afirmaba que *“nuestras armas son las palabras, tenemos que estar pendientes de nuestro arsenal a cada momento”*, subrayando la importancia de la literatura como forma, placentera, de conocimiento y construcción de la realidad: *“no nos asomábamos al mundo a través de un cable noticioso sino a través de una novela, un ensayo o un poema”*. La literatura entendida *“como una forma no de comunicarnos sino de construir algo”*, en especial, con la llegada del EZLN a las comunidades indígenas, cuando el lenguaje funcionó:

“como una catapulta. Te das cuenta de que te faltan palabras para expresar muchas cosas y eso obliga a un trabajo sobre el lenguaje. Volver una y otra vez sobre las palabras para armarlas y desarmarlas”.

Entre sus influencias, el subcomandante citaba al propio García Márquez, junto a Fuentes, Monsiváis y Vargas Llosa, además de Cervantes y García Lorca. Si en su mochila cargaba siempre con *El Quijote* y el *Romancero gitano*, resaltó la importancia de la narrativa del *boom* latinoamericano: “*De manera que usted (señala a Gabo) es corresponsable de todo esto*” (García y Pombo, 2001).

Así, Marcos destacaba su nueva actuación discursiva como el elemento central de su intervención política. El éxito inicial y la potencia de su discurso se basaba en la sorpresa de su novedad y frescura, en una mezcla intertextual que provocaba un efecto de indefinición, así como en su permanente invitación al diálogo con todo tipo de interlocutores. Construye, así, un discurso plástico, flexible, que combina elementos de la historia indígena, con mitos del nacionalismo mexicano, en un contexto muy cosmopolita, en el que las alusiones posmodernas, las reflexiones sobre la metacomunicación o la presencia de la ironía, la metáfora o el humor conviven con la narración de cuentos e historias míticas. Al principio, ese discurso era similar al de cualquier guerrilla latinoamericana, pero después:

“los comunicados y entrevistas de Marcos eran electrónicos, juguetones, sarcásticos, poéticos, divertidos, narcisistas, mordaces, insinuadores, alusivos, elusivos, foucaultianos, realistas mágicos: el dialecto perfecto para el discurso contemporáneo y la negociación, no con un gobierno ni con movimientos rivales, sino a través de los medios de comunicación modernos con un público moderno” (Womack, 2009, 88).

Así, la escritura de Marcos se concibe como un retablo barroco marcado por un dinamismo y una ironía desbordante que blinda sus escritos ante las críticas. En ella, utiliza múltiples géneros, desde la poesía al cuento pasando por el ensayo, con tonos marcadamente alegóricos, irónicos y paródicos. Además, casi como un nuevo género de su invención, es muy frecuente el uso de la posdata, un ejemplo de interdiscursividad, configurando un nuevo tipo de discurso guerrillero:

“El ‘género’ de la posdata, en efecto, no suele asociarse con un género ‘serio’ como el panfleto político o el comunicado de una guerrilla y más bien hace pensar en los tipos de correspondencia informal” (Vanden, 2005, 39).

Muchos de los comunicados zapatistas aparecen con esas posdatas, en las que tienen cabida, como en un juego de cajas chinas, relatos, canciones o dibujos, a veces

más extensos e importantes que los propios comunicados. Mientras que estos vienen firmados por la Comandancia del EZLN, los relatos sí que son firmados por Marcos, como un añadido literario con mucha fuerza, y que son difundidos en la prensa y en libros recopiladores. Se trata de narraciones puestas al servicio de una causa política, concebidas, según Marcos, como un *arma dirigida al corazón de los lectores*, con la que el subcomandante intentaba dar a conocer las condiciones de vida y el mundo indígena (Le Bott, 1997, 355-356). En esos relatos, Marcos utilizaría diversos personajes, a modo de *cronopios cortazianos*: Votán Zapata, híbrido de un dios prehispánico y del mítico caudillo campesino suriano, en el que coexisten las leyendas míticas precolombinas, el nacionalismo revolucionario y la memoria de la lucha indígena; los niños *compas el Olivio o la Jeniferr*; el caballero medieval Sombra-Luz; el *comisión de investigación* zapatista Elías Contreras; o el Viejo Antonio y Durito, dos *creaciones memorables*, según Octavio Paz. Estos dos últimos son, sin lugar a dudas, los personajes protagonistas y esenciales en la narrativa de Marcos, entendidos como dos *mexicanos ejemplares* que funcionan simbólicamente como sus *otros yo*. El Viejo Antonio encarna la memoria y la experiencia histórica de las comunidades mayas, un cruce entre la reescritura del Popol Vuh y la permanencia y legitimidad de la lucha en el espacio mítico. El escarabajo Durito es un personaje perfecto para un público moderno, cosmopolita y posnacional, un remedo de Pepito Grillo juguetero, cervantino y posmoderno. Ejerce de caballero andante que degrada a Marcos al papel de escudero, rezumando ironía e intertextualidad, con todo un arsenal de citas y alusiones a la flor y nata del canon literario: Cervantes y Shakespeare, claro, pero también Dante, Monsiváis, Lewis Carroll, Valle Inclán, Miguel Hernández, García Lorca, Pessoa, Baudelaire, Elouard, Brecht, Vázquez Montalbán o Borges.

Los cuentos serán pronto publicados en recopilaciones en México y otros países, editados por colectivos solidarios o por editoriales de todo tipo, incluyendo algunas de las más potentes, como Planeta en México o Plaza y Janés en España. Más tarde, Marcos publicará una novela policíaca, a cuatro manos, con Paco Ignacio Taiblo II, *Muertos incómodos* (2005) o un libro de poemas y relatos eróticos, *Noches de fuego y desvelo* (2007), con los artistas gráficos [Antonio Ramírez](#) y [Efraín Herrera](#).

Kristine Vanden Berghe es, sin duda, quien más a fondo ha estudiado tanto la narrativa producida por el zapatismo (2005, 2009, 2011) como la escrita sobre ellos (2012). La investigadora belga subraya que, en sus relatos, Marcos aparece como

subalterno de sus dos *alter ego* protagonistas, desubicado y necesitado de guía. Con esos dos personajes, antitéticos y complementarios, Marcos invita a una posible doble lectura de su lucha: una centrada en las raíces de los pueblos autóctonos representados por el Viejo Antonio y otra en el viajero incansable, Durito, que en su papel de aventurero viaja hasta Estados Unidos como *espalda mojada* o al D.F. como *explorador adelantado* de las marchas zapatistas. El efecto conjunto de ambos personajes nos habla de la diversidad de los lenguajes sociales, muchas veces contradictorios, que conforman los relatos del México revolucionario, el indigenismo, las subculturas contestatarias y la posmodernidad occidental (Vanden, 2009, 257). Para el colectivo literario italiano Luther Blissett, uno de los geniales méritos estratégicos del discurso zapatista consistió en convertir el nombre del subcomandante en un nombre colectivo ("*Todos somos Marcos*"), al estilo del *pobre Conrado* de las revoluciones campesinas alemanas del siglo XVI o el *General Ludd* de los luditas ingleses del XIX. Así, mientras deconstruían la idea del líder carismático, creaban un mito colectivo en el que el pasamontañas permitía la aparición de un signo o un lugar vacío que puede ser llenado con diversas historias o leyendas: "*Marcos se convirtió en portador omnipresente de las más diversas significaciones, en expresión y punto de identificación de fantasías subversivas así como sexuales*" (Blissett, Brünzels y África, 2000, 38-41). Del anónimo pasamontañas zapatista de los noventa pasaremos, entrados en el XXI, al anonimato simbólico y colectivo de las máscaras de Guy Fawkes en las protestas globales de los indignados, de Anonymous o Wikileaks (Lario, 2015, 567).

Muy pronto, este afán discursivo fue calificado como posmoderno (Burbach, 1994, 113), opinión suscrita en México por Gabriel Zaid, que calificó al EZLN de guerrilla posmoderna o universitaria que, más allá de las armas, funcionaría como un "*departamento de producción teatral de un noticiero*" (1994). El hecho de que su discurso fuera doblemente percibido, como un híbrido de política y literatura (Zaslavsky, 2006b; Vanden, 2005) favorece el importante impacto del zapatismo en el mundo literario. Con ello tuvo mucho que ver no sólo su sorprendente discurso, sino la relación epistolar que Marcos mantuvo con muchos otros escritores: Monsiváis, Fuentes, Galeano, Benedetti, Saramago, Villoro, Gelman o Berger.

Desde un comienzo, hubo bandos enfrentados en sus filias y fobias, influidos quizás más por la opinión que se tenía del movimiento que por la propia calidad literaria

de Marcos. Entre sus iniciales partidarios, destacaban, en México, Carlos Monsiváis, Juan Bañuelos, Óscar Oliva, Paco Ignacio Taibo II, Carlos Fuentes, Elena Poniatowska, José Emilio Pacheco, Fernando del Paso o Luis Villoro, mientras que sus detractores estaban encabezados por Héctor Aguilar Camín y Enrique Krauze, al tiempo que Octavio Paz alabó su estilo discursivo sin compartir sus conclusiones ni su método armado. En el panorama mundial, la polémica arreciaba. Una larga lista de escritores, encabezada por algunos premios Nobel, como José Saramago o Darío Fo, mostraban su simpatía por la causa del subcomandante escritor. Entre ellos, destacaban John Berger, Norman Mailer, Umberto Eco, Juan Gelman, Eduardo Galeano, Mario Benedetti, Manuel Vázquez Montalbán, Maruja Torres, Pedro Lemebel, sin olvidar la hipérbole de Régis Debray, que llegó a calificar a Marcos como el mejor narrador latinoamericano vivo. Por el contrario, Mario Vargas Llosa sería el más potente opositor del zapatismo en el mundo literario hispánico.

La disputa inicial en México es descrita y analizada por Jorge Volpi en *La guerra y las palabras* (2004), que entiende el conflicto de Chiapas como una especie de duelo al sol entre los discursos enfrentados de Marcos y del presidente Salinas. El subcomandante es percibido como el intelectual guerrillero que encandilaba a la opinión pública con su dominio del discurso y sus dotes escénicas. El caso más emblemático es el de Octavio Paz, que aunque “*debió ser su crítico más severo, llegó a sucumbir ante su encanto*” (porque) “*logró despertar la solidaridad de toda la intelligentsia hacia su causa*” (2004, 357). Señala Volpi que Marcos triunfó no sólo por su renovado discurso, sino por aparecer “*como un profeta de los nuevos tiempos*” cuya mejor invención fue su propio personaje (2004, 362-363). A este respecto, Villoro recuerda que el crítico Christopher Domínguez recriminó a Paz su admiración hacia Marcos y le censuró que hubiera escrito más sobre él que sobre los demás escritores jóvenes de México, a lo que Paz contestó: “*¡Es que ustedes no se han levantado en armas!*” (Marín, 2005, 110).

Muy pronto, asistimos a la aparición de obras cuya temática estuvo influida por la revuelta zapatista. En la literatura chiapaneca, varios autores manifestaron, en sus obras o posicionamientos, su simpatía con el zapatismo, como Juan Bañuelos, Óscar Oliva o Elva Macías. Otros, como Efraín Bartolomé, Heberto Morales o Jaime Sabines, manifestaron su distancia o condena, mientras alguno, como Eraclio Zepeda, ha transitado desde el apoyo inicial al rechazo. Si ese era el panorama entre los autores

caxlanes, los blancos o mestizos, la repercusión sobre los indígenas es mayor, al propiciar tanto una revalorización y un ascenso en su producción como un creciente proceso de organizativo de los autores en la UNEMAZ (Unión de Escritores Maya-zoques) o el CELALI (Centro Estatal de Lenguas, Arte y Literatura Indígenas) (Reyes, 2011). Lo destacó Óscar Oliva al recibir el premio López Velarde de 2013:

“Hoy, a las puertas del XX aniversario de esa gesta (la insurrección zapatista), saludamos la resistencia y la vitalidad de este mirar más lejos en la búsqueda genésica de las palabras. Estoy seguro que las y los poetas indios de Chiapas, nos encaminarán a los resplandores del temprano universo” (Mandujano, 2013).

León-Portilla y Shorris (2004,19) califican como *Yancuic Tlahtolli*, la *nueva palabra*, el aumento creciente de escritores mesoamericanos en sus propias lenguas. Un ejemplo destacado sería la publicación de *Palabra conjurada: Cinco voces, cinco cantos* (1999), una edición bilingüe de cinco escritores indígenas: Josías Gómez López, narrador tseltal de Oxchuc; Ruperta Bautista Vásquez, poeta tzotzil de Huixtan; Juana Karen, poeta chol de Tumbalá; Nicolás Huet, narrador tzotzil de Huixtan, y Enrique Pérez López, poeta y narrador tzotzil de Chenalhó (Reyes, 2011). A esos nombres se podría añadir la crónica del escritor coeto Marián Peres Tzu, *Los primeros dos meses zapatistas: una crónica toztzil en siete escenas*, que refleja la visión de los tzotziles sobre el comienzo del conflicto en San Cristóbal de las Casas.

En la literatura mexicana y chiapaneca en castellano, pronto aparecen obras inspiradas en la revuelta. Hay ejemplos en el cuento breve *Viene de lejos* (1994) de Eraclio Zepeda, en el teatro de Vicente Leñero, con *Todos somos Marcos* (1995), los poemas de Juan Bañuelos en *A paso de hierba: poemas sobre Chiapas* (2002) o los de Óscar Oliva en *Lienzos transparentes* (2003). Abundan más títulos en la novela, como la primera en aparecer, la distópica y esperpéntica de Jorge Volpi, *La paz de los sepulcros* (1995); la primeriza y muy satírica de Edgardo Bermejo, *Marcos fashion* (1996); la del periodista Jaime Avilés, *Nosotros estamos muertos* (2001); la crítica con el zapatismo *Canción sin letra* (1999) de Heberto Morales; la de Cecilia Urbina, *De noche llegan* (1999); la futurista *La rebelión de los inexistentes* (2003) de Juan Patricio Lombera; la centrada en la sociedad civil, *Agosto y fuga* (2004) de Paloma Villegas; las que narran la vida de dos insurgentes, *Rompiendo el silencio* (2004) y *Tierna memoria* (2006) de Carlos Ímaz; o la, a mi juicio, muy interesante obra del chiapaneco Alejandro Aldana *Nudo de serpientes*

(2004), que narra lo sucedido desde la formación del EZLN en 1983 y su existencia clandestina hasta su aparición pública en 1994. Aunque algunos, como Jan de Vos (2011, 231), señalan con razón que faltarían más obras de autores consagrados, es preciso puntualizar que Carlos Fuentes, aparte de muchas y favorables columnas de opinión, sí les dedica algunas pequeñas alusiones en *La silla del águila* (2004) o que Volpi, uno de los más afamados miembros de la generación del *crack* mexicano, escribió no sólo la primera novela alusiva al EZLN, sino que firmó un crítico retrato de Marcos y del primer zapatismo en *El fin de la locura* (2003), continuado en su cuento *El crimen de Oventic* (2003), así como en pasajes de su ensayo *El insomnio de Bolívar* (2009).

En su estudio sobre el reflejo literario zapatista en México, Steele (2002, 257) afirma que donde más ejemplos se encuentran, el terreno más fértil, es en la crónica. Algunas destacables serían las de varios autores recogidas en *Los torrentes de la sierra* (1994); las que Carlos Monsiváis incluyó en *Los rituales del caos* (1995); las de Vicente Leñero en *Gente así* (2000); el último capítulo, *Viaje a Chiapas*, del libro *El arte de la fuga* de Sergio Pitol (1997, 295-317); la autobiográfica *Ocosingo. Diario de guerra y algunas voces* (1995) de Efraín Bartolomé; o las que Elena Poniatowska, *La CND: de naves mayores a menores*, Antonio García de León, con *La nave capitana*, o Monsiváis, con *Crónica de una convención (que no lo fue tanto) y de un acontecimiento significativo*, dedicaron a la celebración de la Convención Nacional por la Democracia (García, 1994). A esa breve relación se pueden sumar las primeras que firmó Juan Villoro, de las que nos ocuparemos en el siguiente apartado.

Fuera de México, encontramos también muchas obras y colaboraciones literarias que reflejan el conflicto, en Estados Unidos, Francia o Italia. Vanden (2012), por ejemplo, analiza diez novelas cuyo tema central es la revuelta zapatista. En otro trabajo, anoto la existencia de, al menos, una treintena de obras literarias (Lario, 2015). Por ejemplo, en España encontramos más de una decena de obras centradas en Chiapas, así como muestras de solidaridad. Uno de los mejores ejemplos fue la coedición, en México y España, por el FZLN y colectivos solidarios españoles, de *Las voces del espejo* (1998). Se trata de una obra con trabajos inéditos, creados expresamente para ese libro, de veintidós narradores, poetas y periodistas de renombre en la literatura en español. Entre ellos, podemos encontrar a los más destacados de la nómina prozapatista: por el lado mexicano, están Sealtiel Alatríste, Juan Bañuelos, Marco Antonio Montes de Oca, Óscar

Oliva, José Emilio Pacheco, Agustín Jiménez, David Huerta y el propio subcomandante Marcos; de España, Rafael Alberti, Bernardo Atxaga, Juan Goytisolo, Armando López Salinas, Jesús Ferrero, Rosa Regás, Manuel Rivas, Javier Marías y Manuel Vázquez Montalbán; acompañados por los uruguayos Mario Benedetti y Eduardo Milan, el italiano Darío Fo, el guatemalteco Luis Eduardo Rivera y el portugués José Saramago. Éste último, junto a Eduardo Galeano, fungieron hasta sus respectivas muertes como dos de los escritores que más destacaron en la defensa internacional del zapatismo.

Juan Villoro, el inicial *testigo incómodo* del zapatismo

Juan Villoro afirmó que no hay casi explotación literaria del zapatismo porque sería inaceptable ya que serviría para aumentar “*el capital simbólico propio del comentarista que se aprovecharía de una población que ni siquiera tiene el capital económico para sobrevivir*” (Vanden, 2004, 558-559). Ello revela una opción ética que explicaría su negativa a escribir ficción sobre el zapatismo. De hecho, en su novela *El testigo* (2004), publicada cuando expresaba esa reserva moral, casi no hay referencias, pese a estar ambientada en la llamada *transición democrática* del PRI al PAN en 2001, cuando el EZLN estaba en su cénit de popularidad y legitimidad. Sólo hay un par de alusiones al 1 de enero de 1994 o a la colaboración de Claudia, la esposa del protagonista, con “*una ONG de solidaridad con Chiapas cuyo único defecto era que estaba llena de italianos*” (211).

Pese a lo amplio y variado de su obra, que incluye cuentos, novelas, teatro, ensayos, guiones de cine y radio, narrativa infantil y juvenil o traducciones, es en sus crónicas y colaboraciones en prensa donde hay que buscar reflejos del zapatismo. No es extraño, pues Villoro pasa hoy por ser uno de los mejores cronistas mexicanos, tras los pasos de Novo, Pitol, Ibargüengoitia o de su admirado Carlos Monsiváis. Villoro es un “*experto malabarista del símil preciso y de los motivos narrativos llevados a sus últimas consecuencias*” (Zavala y Ruisánchez, 2011, 9), “*un cronista notabilísimo*” (12). Más allá del retrato sociológico, en sus crónicas hay una toma de postura política, porque “*toda crónica es, en esencia, un documento político, un testimonio de voces que no pueden hacerse escuchar*” (275).

Género fronterizo donde los haya, resulta casi anticánónico por moverse al borde del canon, dirimiendo el carácter literario o no de sus textos. La crónica funciona como un

guardia de fronteras: agazapada en el límite, registra el tráfico de productos y requisa para su uso lo útil a sus fines. En la crónica americana, habría que citar por su papel precursor, tres años antes de Capote, a Rodolfo Walsh con *Operación masacre* (1957). Suya es la consideración de la narrativa documental, de la novela de no ficción, como literatura comprometida frente a la novela como género burgués. A Walsh hay que añadir otros nombres pioneros como García Márquez, Vargas Llosa, Caparrós, Eloy Martínez o Paz. La crónica no ha sido apreciada por muchos críticos, aunque la concesión en 2016 del Nobel de literatura a Svetlana Alexiévich la ha vuelto a poner de moda. Otros factores que explican su creciente atractivo son el auge de los estudios culturales o de las teorías postmodernas y postcoloniales en la literatura, que la conciben como *práctica cultural*, un objeto de estudio bajo enfoques interdisciplinarios, multimodales y comunicativos. Una *práctica* dotada de altas dosis de referencialidad, muchas veces autobiográfica, de subjetividad, de observación atenta desde la distancia crítica, con una doble preocupación por la ética, entendida como compromiso social, y la estética, dando lugar a una aleación *bastarda*, en palabras de Monsiváis. Bastarda porque admite en su génesis materiales heterogéneos, para conformar un híbrido de periodismo, ensayo y literatura de urgencia. Lo afirma el propio Villoro:

“El prejuicio que veía al escritor como artista y al periodista como artesano resulta obsoleto. La única diferencia vigente son las condiciones de escritura. Una crónica lograda es literatura bajo presión” (2005, 13).

Suya es la sugerente definición de la crónica como el *ornitorrinco de la prosa*, un animal posible mezcla de otros siete, porque extrae de la novela la subjetividad y la narración desde el personaje; del reportaje, los datos exactos; del cuento, el sentido dramático en espacio corto; de la entrevista, los diálogos; del teatro moderno, la forma de montarlos y del grecolatino, la polifonía de testigos; del ensayo, el argumento y la pluralidad de saberes; de la autobiografía, el tono memorioso y la reelaboración en primera persona: “*la crónica es un animal cuyo equilibrio biológico depende de no ser como los siete animales distintos que podría ser*” (2005, 14).

Mi recorrido por la obra de Villoro utilizará, básicamente, las crónicas recopiladas en libros, junto a algunos artículos en periódicos o revistas, entrevistas o conferencias que puedan ser pertinentes. Esta opción permitiría soslayar la dificultad de reunir un *corpus*

exacto de sus publicaciones, por lo efímero y diverso de sus colaboraciones en múltiples cabeceras. Así, seguimos su recomendación en *Safari accidental*, cuando afirma que la selección del autor muestra su propia consideración porque intenta salvarlos de su ser efímero: “*Reuní los ornitorrincos que en mi opinión cumplen con la noción de “resto”: los que aún viven por escrito*” (2005: 258).

Las primeras crónicas de Villoro sobre el EZLN, incluidas en *Los once de la tribu* (1995), reflejaron algunos de los momentos históricos del zapatismo. Así, la CND en 1994 será el tema de *Los convidados de agosto* (1995, 259-277), mientras que la ofensiva del Ejército Federal en 1995 centrará *El guerrillero inexistente* (1995, 279-283). En *Los convidados de agosto*, Villoro narra su viaje al *Aguascalientes* de Guadalupe Tepeyac para asistir a la CND, junto a otras seis mil personas y cientos de periodistas. Como escribe en el prólogo, es la crónica, tamizada por el humor y la ironía, de un *testigo incómodo*. Junto a un evidente respeto por los indígenas zapatistas, coexiste una mirada crítica y escéptica hacia la figura de Marcos, al que presenta como dotado de *atracción magnética*, con *dominio escénico*, pero del que sospecha que una *cierta suficiencia* anida bajo el pasamontañas del “*líder más carismático y desconocido de nuestro fin de milenio*” (1995, 259).

Primero, pasa revista a diferentes hitos de la historia chiapaneca, desde fray Bartolomé hasta la posible responsabilidad de la Iglesia en lo sucedido, resaltando el Congreso Indígena en 1974, o los miles de catequistas enviados por el obispo Samuel Ruiz a la selva para “*enseñar dignidad humana*”, hasta varios episodios desde la insurrección para explicar el éxito zapatista. Villoro anota que “*su éxito se ha fincado en desmarcarse desde muy pronto de la violencia y proseguir la contienda en los comunicados salidos de la selva*” (1995a: 262). La misma celebración de la CND era una muestra de “*una épica de realidad virtual*” (262). Si los asistentes eran lo más variopinto de la izquierda, “*veteranos electos en organizaciones populares de todo el país*” (268), el escritor marca el contraste con la sociedad coleta, uno de los *bastiones conservadores y criollos* de ese México blanco que “*ha celebrado las pirámides para ignorar la miseria y el racismo del presente*” (265). Villoro ironiza sobre la *performance selvática*, pero respeta la *fuerza secreta* del EZLN:

“hombres, mujeres y niños, con los rostros cubiertos por pañuelos y un palo en la mano. (...) El EZLN tiene una estatura promedio de 1.55, una edad media de 20 años y obsoletos rifles de cacería. (...) Es difícil imaginar un ejército más precario (...) (capaces de) iniciar la más casera de nuestras rebeliones” (271).

Por el contrario, Marcos no le agradaba: *“hay que matizar el entusiasmo que despierta el Tucídides de la jungla. El culto a la personalidad del subcomandante pasa por la literatura”* (272). De alguna forma, quiere ponerlo ante el espejo: *“Marcos no es un poeta lírico ni un representante del realismo mágico (...); los muertos y la guerra son reales”* (272). Recuerda su posible responsabilidad en la sangre derramada y ataca la *veneración literaria* de que disfruta, acusando a su discurso de ser *“mala literatura”* y *“dudosa poesía”*: *“Una novela que se limita al proselitismo es tan inútil como una arenga política que se percibe como un caudal de metáforas”* (273). Añade, hiriente: *“Del poeta cum laude habíamos pasado a otra idolatría: el profético San Marcos. (...) el subcomandante creció como el ciclópeo monumento a Kim Il Sung”*. Por ello, duda que Marcos pueda escapar al exceso y el peso de su leyenda, *“y desaparecer como llegó, sin sucumbir a los flashes del reconocimiento”* (274). Concluye con el saldo paradójico del encuentro: *“el EZLN se sometió a un órgano civil, de insólita pluralidad, que será decisivo en la transición a la democracia”* (276), mientras Marcos conservaba su pasamontañas por aclamación popular: *“su disfraz se había transformado: la máscara es ya su identidad”* (277).

El guerrillero inexistente tratará el intento gubernamental de acabar con el mito enmascarado, descubriendo la verdadera identidad de Marcos para destrozarse su aura de popularidad. El levantamiento de 1994, *“trauma de la historia reciente”* mexicana (1995b, 279), destrozó las ilusiones por la entrada en el Tratado de Libre Comercio y acabó con el sueño de la clase media en *“el nuevo país de Oz”* (280). En el triunfo propagandístico zapatista, el pasamontañas fue una estrategia fundamental, *“la identidad fugada de los rebeldes, su condición de vengadores anónimos, a la manera de Batman o los encapuchados del Popol Vuh”* (281). Así, los zapatistas siguen el *“recorrido cíclico del mito”*, entroncando con una cultura milenarista, atávica, fundadora de la mexicanidad. Por ello, el gobierno intentó *“luchar contra la máscara”*, al igual que *“Tezcatlipoca derrotó a Quetzalcóatl con un espejo: la identidad desnuda debilita”*. Para ello, un funcionario gubernamental, ante las cámaras televisivas, desvelaba la supuesta identidad real y la

foto “de un hombre con barbas, de treinta y tantos años. Allí estaba el “verdadero” Marcos: Rafael Sebastián Guillén Vicente, nacido en Tampico en 1957”. El gobierno intentaba “normalizar al líder mítico para convertirlo en delincuente del orden común” (282). Pero la maniobra gubernamental, legitimadora de su ofensiva militar sorpresiva del 9 de febrero de 1995, fracasó “y el gobierno se transformó en su improbable propagandista”. El 10 de febrero, la misma gente

“que empezaba a hartarse de los chistes y los arrebatos líricos del sub, leyó con fruición la carta donde informaba que tenía 299 balas para el ejército y una para darse el tiro de gracia. El prófugo de la ley aparecía como víctima acorralada” (283).

Además, la identidad revelada de Rafael Guillén parecía “un camino de virtud”: lejos de un troglodita o psicópata, Marcos era el “hijo-cuñado-yerno-novio perfecto para la Gran Familia Mexicana” (283), lo que “otorgó al EZLN el lustre que ya no tenía”, haciendo posible que la multitud saliera a las calles a protestar, en todo el mundo, al grito de “*Todos somos Marcos*”. Villoro concluye, parafraseando al *caballero inexistente* de Calvino, que la lección de los sucesos de febrero “es simbólica y se refiere al mito de la identidad. No hay un rostro definido. (...) el pasamontañas no oculta sino aire” (284). Una reflexión sobre la identidad, muy querida por Villoro, reiterada en otros textos:

“En la literatura mexicana contemporánea predomina una concepción pulverizada, dispersa, múltiple, híbrida, de la identidad. Resulta ocioso buscar el rostro primigenio e inmutable; al contrario, las diversas máscaras, de Tenochtitlan a Chiapas, de las caretas emplumadas de los Caballeros Águila al pasamontañas del subcomandante Marcos, son identidad” (1995b, 70).

En 2001, Villoro escribió, al menos, otras dos crónicas. La primera reseñará la Marcha del Color de la Tierra hasta la capital mexicana y la inaudita intervención zapatista ante el Congreso para defender la aprobación de la Ley de Cultura y Derechos indígenas. *Un mundo (muy) raro. Los zapatistas marchan* (2001) fue incluida después en su libro *Safari accidental* (2005). Describe la situación de un país en el que autores, como Artaud o el propio Bretón “encontró el surrealismo en la vida diaria y las revueltas sociales son un magnífico pretexto para hacer artesanías y renovar el repertorio de la canción ranchera” (2005, 45). Es un momento histórico en un México convertido en “un circo de diez pistas donde se improvisan excesos. (...) Bienvenidos a Foxilandia, donde la paradoja sustituye

al sentido común" (45). Un país inmerso en plena transición política, donde, parafraseando a Vargas Llosa, *"de la dictadura perfecta, (...) hemos pasado a la caricatura perfecta"* (46). Culpa de ello al *marketing* del nuevo presidente Vicente Fox, antiguo director de Coca-Cola en México, casi un locutor ávido de *rating*, al que compara con un Fantomas que se disfraza de cualquier cosa (46). Pero no sólo a Fox. En su gira hacia el D.F., que concitó una *"simpatía inaudita"* (46), Marcos planteó un enfrentamiento mediático con el presidente: *"el Vengador Anónimo vs. el Hombre de los Mil rostros"* (47), y también cometió algunos errores notables, como su *"preocupante"* decisión de nombrar como enlace con el gobierno al antiguo dirigente de las FLN, Fernando Yáñez, recordando su pasado como *"un posible responsable de ajusticiamientos internos en la guerrilla (...)* (y) *embajador del foquismo guevarista"*, lo que hizo temer por la paz en Chiapas (47). Aunque Villoro presenta el discurso de Marcos como *"mezcla de injurias y poesía"* (48), reconoce que fue muy beneficioso para la causa indígena ya que se ganó a la opinión pública: *"El país había cambiado"* (49). A su pesar, Villoro concede a Marcos buena parte del éxito, ya que consigue ser

"un evangelista en internet, el icono pop que interviene en la canción de Manu Chao, el custodio de la gorra que Oliver Stone portó en Vietnam, el corresponsal de John Berger y José Saramago, el programador de acontecimientos sociales que usa el timing como segunda naturaleza y domina el más complejo de los artificios lingüísticos: la naturalidad. El humor, la cursilería, la brillantez retórica, el poderío metafórico y la imparable fertilidad determinan sus mensajes" (50).

Villoro dedica buena parte del texto a relatar el desarrollo en Nurio del Congreso Nacional Indígena, destacando, aparte del *espectáculo Marcos* (53), la reivindicación feminista de la *comandanta* Esther como *"un alentador síntoma de que la cuestión indígena no sólo pretende preservar su patrimonio, sino renovarlo"* (53), o como, en contraste con su experiencia en asambleas universitarias o en la izquierda mexicana,

"fue refrescante oír las ponencias indígenas" (...) (donde) las mujeres hablaban tanto como los hombres, pero con más mordacidad". A fin de cuentas, el zapatismo ha logrado "el milagro de reunir a las diversas comunidades indígenas y poner sus reivindicaciones en la agenda de la modernidad" (55)

Aún así, sigue criticando a Marcos, *"tan fanático como otros rebeldes de América Latina"*, porque en Ocosingo *"mandó a una muerte segura a indígenas armados con rifles"*

*de palo. Usar tropas “desechables” como estrategia de distracción es un crimen de guerra” (56). Apoya esas críticas reproduciendo ampliamente la carta abierta de un opositor al zapatismo, el escritor Gerardo de la Concha, que rodó un documental *La cara oculta del zapatismo* para mostrar los *crímenes desconocidos* del zapatismo (56-57). El texto continúa con la entrada al Zócalo, donde manifiesta lo raro que supone que “ese acto multitudinario (...) estuviera enmarcado en una contienda que comenzó con una declaración de guerra” (59). Tras el éxito de convocatoria, el EZLN pidió hablar en el Congreso y Fox lo apoyó: “nada más exitoso para la vida republicana que una guerrilla cambiara las armas por la discusión parlamentaria” (60). La comparecencia zapatista, famosa por la inesperada ausencia de Marcos y el protagonismo del discurso de la comandanta Esther, ocupa el final de la crónica: “sin las metáforas ni los lirismos habituales del subcomandante, pero con una prosa no carente de pulso”, Esther defendió un país “donde las diferencias no implicaran exclusión (...) la idea básica del discurso: que la nación entera ingrese a la casa de la palabra” (61). Recordando una anécdota de Fernando Benítez, que relataba la sorpresa de los primeros zapatistas al verse reflejados por primera vez en un espejo de cuerpo entero, Villoro concluye:*

“Ignoramos el desenlace de la gesta indígena, pero es innegable que las voces y los rostros de un país atávico han sabido reconocerse. En su extraña mezcla de poesía y pólvora y clamor de justicia, los nuevos zapatistas no buscan reflejar la realidad sino cambiarla”. Más allá de la condición provisional de la máscara, esperan el día de encarnar “la insólita dignidad de ser rostros comunes” (62)

*En diciembre de ese año publica su segundo texto, *Chiapas: el regreso de los intocables* (2001), donde utiliza y “reformula” buena parte de la crónica anterior, para criticar la ambigüedad mexicana ante la cuestión indígena: el orgullo por las grandes culturas de la antigüedad y un evidente desprecio por los indios reales, por los más pobres. Así, “con una retórica que exaltaba su pasado y desvanecía el presente” (80), se relega lo indígena a una arcadia perdida. Por el contrario, el zapatismo coloca lo indígena en la agenda de la modernidad mexicana y denuncia tanto la marginación económica como el racismo cotidiano. Si bien Villoro alaba en Marcos su capacidad de *reencarnación ideológica* al servicio de un *proselitismo de excepción* (80), porque “*cautiva auditorios con un lenguaje en el que caben muchos mundos*” (84), continúa acusándolo de *fanatismo*, de usar una *dialéctica guevarista* (80), de ser un *caudillo blanco*, casi un*

“caso psicológico que alternaría la vanidad con el altruismo” (82). Por ello, recuerda su promesa de desaparecer cuando las demandas indias sean satisfechas y exige su cumplimiento, fincando en ese compromiso su fuerza moral (82). La nueva aportación de Villoro es apoyar las demandas indígenas expuestas ante el Congreso mexicano, alertando sobre la capacidad del sistema para, bajo una *euforia multicultural*, seguir aprobando *espléndidas leyes incumplidas* y olvidar lo sustancial: conseguir *un nuevo contrato social* que no sólo reconozca a los pueblos indios, sino que “*mejore la vida de los diez millones de indígenas*” (87).

Su apoyo al zapatismo, pero no a la figura de Marcos, empezará a ser una constante expresada en otros textos. Por ejemplo, en 2004 insistía: mientras que Marcos ya ha adquirido “*la condición del mito activo*”, y aunque muchas veces “*el prestigio de quienes encienden la esperanza deriva (...) de la imposibilidad de realizar sus programas*”, el movimiento indígena encarnado en “*el neozapatismo ha sido el alegato más convincente contra el racismo del México moderno*” (2004b). Una cosa es el líder y portavoz, otra el movimiento social que merece todo su apoyo y respeto.

Villoro, el hermano bajo protesta del subcomandante Galeano

En diciembre de 2010, Villoro impartió una conferencia en Barcelona, publicada luego en varios libros y/o revistas. Titulada *Mi padre, el cartaginés* (2011), en ella encontramos, en mi opinión, una las claves para entender su evolución sobre el zapatismo. El texto, entre el ensayo reflexivo sobre el tema de la identidad personal y nacional mexicana y la rememoración de la relación con su padre, el filósofo Luis Villoro, constituye un compendio del mejor Villoro. Repleto de decenas de referencias y citas, el escrito comienza con la Sexta Declaración de la Selva Lacandona y la Otra Campaña zapatista en 2006 para pasar al recuento de la biografía de su padre, desde sus orígenes aragoneses hasta su conformación como uno de los filósofos e intelectuales más importantes en el México contemporáneo, rastreando el lugar ocupado por el movimiento indígena zapatista en su compromiso político.

Recuerda que a la propuesta zapatista de un nuevo contrato social inclusivo con los pueblos indios, el sistema mexicano respondió con gestos, pero “*no llevó a nuevas leyes*”, lo que legitimaría, a su vez, la construcción de su *autonomía sin pedir permiso* en los territorios zapatistas. Así, resalta que su padre consideraba el autogobierno zapatista

como una forma de democracia participativa “*superior a la democracia representativa y corruptible del resto del país*” (2011, 20). De alguna forma, parece compartir esta consideración política, al tiempo que se observa que, contra lo acostumbrado, desaparecen sus habituales críticas a Marcos. Villoro revisa el proceso de construcción como intelectual rebelde de su padre, que en su juventud se veía como un “*cartaginés, resistiendo contra el imperio*”, batallando en su vida una guerra púnica “*abstracta, intensa, sostenida*”, y que encontró en la consigna *Zapata vive: la lucha sigue* la confirmación de que *Cartago existe* y estaba en el sureste mexicano (21). La construcción de la identidad mexicana del filósofo se basó en una doble influencia, la del exilio republicano en México, ese *Pegaso híbrido*, y la admiración hacia los pueblos indígenas, más allá de la superchería racista del mestizaje oficial: “*lo indígena se presentó como desfase estimulante, una oportunidad para comprender en forma crítica el entorno*” (23). El rechazo al México oprobioso le instó a buscar una arcadia anterior y “*construyó una representación del pasado: lo que pudo ser, la extraviada civilización prehispánica. (...) Inviabile como realidad, México fascinaba como posibilidad*”. Los indígenas chiapanecos fueron el escalón definitivo en la definición de su identidad y compromiso, seducido por un “*discurso que venía de más lejos, de la Biblia, Tomás Moro y Macondo*” (25). Si escoger una patria es una forma de buscar un padre, Luis Villoro “*optó por Aníbal y las huestes de Cartago hasta que en 1994 encontró en el zapatismo a su tribu demorada*” (27). Entre 2011 y 2012, cuando ya no estaba de moda entre la intelectualidad, Luis Villoro redobló su compromiso público e identificación con el EZLN, al embarcarse con Marcos en un diálogo, epistolar y público, sobre ética y política, recogido en su libro póstumo *La alternativa* (2015). Concluye el escritor citando el concepto de Kierkegaard de la filiación como un “*recuerdo hacia delante*”, que lega “*un pasado con deseo de ser futuro, un recuerdo que recuerda*” (29), explicando en parte su posterior evolución.

En 2012, varios elementos indican que algo está cambiando en Villoro en su consideración sobre el zapatismo. Precisamente el año en que la prensa sensacionalista habla del advenimiento del apocalipsis de las predicciones mayas, vemos cómo se diluyen sus antiguas resistencias éticas a utilizar el zapatismo como materia ficcional, con la publicación de su novela *Arrecife* (2012). Se trata de un recuento crítico de la realidad mexicana, representada metafóricamente en La Pirámide, un hotel en la costa maya caribeña, concebido por su creador, Mario, como un grotesco parque temático para

satisfacer el ansia de exotismo y peligro de los turistas europeos y norteamericanos, que consumen las malas noticias sobre México:

“cuerpos mutilados, rostros rociados de ácido, cabezas sueltas, una mujer desnuda colgada de un poste, pilas de cadáveres. Eso provoca pánico. Lo raro es que en lugares tranquilos hay gente que quiere sentir eso. Están cansados de una vida sin sorpresas. (...) Si sienten miedo eso significa que están vivos: quieren descansar sintiendo miedo. Lo que para nosotros es horrible para ellos es un lujo. El tercer mundo existe para salvar del aburrimiento a los europeos. (...) Aquí me tienes, dedicado a la paranoia recreativa” (2012, 63).

El complejo hotelero ofrece una suerte de *turismo extremo*: “*Estamos en zona guerrillera. De vez en cuando los turistas tienen contactos con supuestos rebeldes. Se llevan algún susto y todo vuelve a la normalidad*” (2012, 60). Unos actores representan a unos guerrilleros que visten “*uniforme de camuflaje y pasamontañas*”, portan paliacates en el cuello y “*una AK-47 terciada en el pecho*” (57), que luchan “*por justicia social y por tener héroes que vendan camisetas*” (68). Mario inventó “*miedos, secuestros, una guerrilla para animar a los huéspedes*” (110), todo un *teatro de guerra* (175), en el que los guerrilleros no tenían rostro: “*eran todos y ninguno; habían salido de las sombras milenarias para reclamar justicia*”. Aspiraban “*al olvido, a convertirse en fantasmas, luchaban por extinguirse, pedían ayuda para no ser posibles*” (72). No hay duda posible, Villoro señala que “*Mario copiaba con descaro el estilo del subcomandante Marcos*” (72) y, así, conseguía triunfar entre sus clientes.

Si hay novedades en su narrativa, lo mismo podemos decir de sus anotaciones en las redes sociales. En Twitter, donde aparece como @JuanVilloro56, podemos encontrar, bajo la forma de exquisitos aforismos que nos recuerdan su condición de traductor y prologuista del alemán Lichtenberg, múltiples sentencias sobre sus temas habituales: el fútbol, la política, la identidad mexicana o la literatura. Sobre Chiapas, en esta época encontramos varias reflexiones: “*Desde 1994 los mayas auténticos esperan respuesta a sus demandas en Chiapas*” (23-3-2011); “*En Chiapas hay un pueblo que se llama La Realidad. De manera apropiada, está lejos de todo*”(22-4-2011). En referencia al publicitado *apocalipsis maya* y a la Marcha del Silencio del 21 de diciembre, la más impresionante y multitudinaria movilización zapatista desde 1994, anota: “*Los mayas*

viven y están en Chiapas. Las marchas del EZLN recuerdan que el apocalipsis no es lo que hay que prevenir sino lo que debe acabar”(31-12-2012).

Sobre las marchas zapatistas apuntaba que desfilaron en silencio bajo la lluvia, sin armas, bajo sus pasamontañas: *“muchos de ellos eran niños en 1994. Su presencia habla de una comunidad que resiste sin perder la disciplina y mantiene sus demandas”*. Frente a la inveterada inoperancia de la política oficial mexicana, el EZLN avanzó en la construcción de su autogobierno, en su democracia, en la impartición de justicia, la educación y la salud pública *“en los municipios donde operan sus Juntas de Buen Gobierno. En condiciones inhóspitas han reformulado la idea de comunidad”*. El mensaje del comunicado zapatista, *“de una hondura que contrasta con la hojarasca verbal de la política”*, vuelve a exigir la necesidad de cumplir con los Acuerdos de San Andrés y Villoro apoya la demanda: *“¿Hay un punto de reunión en su camino? Las leyes no se promulgan para los que ya están de acuerdo, sino para dirimir desacuerdos”* (2013a).

En 2013 publicó una breve antología de treinta años de escritura, *Espejo retrovisor*, con nueve cuentos y una decena de crónicas. Para explicar su selección, en el prólogo afirmó que eran *“temas recurrentes: Chiapas, mi padre, el fútbol, el rock, los viajes...”* (2013b, 9). De diez crónicas, tres están relacionadas con el zapatismo: *Los convidados de agosto* (1994), *Un mundo (muy) raro* (2001) y *Mi padre, el cartaginés* (2011), constituyendo un resumen sumario de la evolución de su posición. En agosto, impulsado por su ansia de conocer más del desarrollo autonómico zapatista, participó en la primera edición de la Escuelita Zapatista. En diciembre, publicó *La taquería revolucionaria*, donde, aludiendo a la interlocución privilegiada, esa *estrecha relación de complicidad y debate* (Hernández, 2014), que su padre mantenía con el EZLN, afirma: *“Si tuviera que someterse al improbable ejercicio de elegir a un hijo entre sus conocidos, se llamaría Marcos, nuestro invisible hermano”* (2013c).

En 2014, dos hechos luctuosos marcarán el acontecer de esta relación y su creciente identificación: en marzo, muere Luis Villoro. Ante su desaparición, Luis Hernández escribía:

“Luis Villoro se ganó la confianza de los zapatistas -usualmente desconfiados- y la conservó a lo largo de casi dos décadas. Él vio en los rebeldes la realización, aquí y ahora,

hoy, de la verdadera utopía. Ellos lo escogieron como uno de sus pocos interlocutores permanentes” (2014).

De alguna forma, su hijo Juan se da a la tarea de rellenar ese hueco, porque “*hay pasados que no deben olvidarse*” y “*entender es una forma de amar*” (2011, 28-29). En mayo, en un ataque paramilitar a La Realidad, será asesinado el maestro zapatista José Luis Solís López, alias *Galeano*. Villoro escribirá

“el subcomandante Marcos regresó a la escena luego de un largo alejamiento, pero sólo para transformarse en el subcomandante Galeano en homenaje al profesor (...) asesinado. En este caso no estamos ante una desaparición sino ante una transfiguración. Dos décadas después del levantamiento zapatista, su vocero asume otra identidad” (Villoro, 2014).

Esta *transfiguración* de Marcos marcaría un cambio generacional y un reacomodo interno del zapatismo. El subcomandante sacrifica su capital político y mediático por un imperativo moral. Con esa renuncia al privilegio del carisma y la celebridad, “*el hombre que fue Marcos pone el acento en la causa que respalda: el movimiento indígena que sigue siendo soslayado*” (2014). Ello mejorará su valoración de la figura del finado Marcos, el nuevo *subcomandante Galeano*, al que ahora define como “*un gran divulgador de ideas, un excelente transmisor entre el pensamiento y la acción política*”, mientras que el autogobierno zapatista constituye “*una utopía realizada, una utopía arcaica, realizada con pocos elementos y recursos, pero han logrado resistir*” (Sierra, 2014).

El 2 de mayo de 2015, Juan Villoro, junto a su madre y algunos amigos de la familia, asistió en Oventic a un doble homenaje que el zapatismo rindió a su padre y al maestro zapatista asesinado. En ese acto, el ahora *subcomandante Galeano*, leyó un texto anterior de Marcos titulado, significativamente, *Luis Villoro, el zapatista*, en el que hizo público que el filósofo no fue sólo un intelectual acompañante solidario, sino que había solicitado, y conseguido, unirse a las filas del EZLN. Integrado en una *unidad especial*, “*silenciosa y sorda fue su lucha a nuestro lado*”. El *subcomandante Galeano*, además, le atribuye la idea, apoyada por otros *intelectuales acompañantes* como González Casanova y Gilly, de organizar la Escuelita zapatista para dar a conocer los avances y prácticas autonómicas, celebrada en 2013 y 2014. *Galeano* aprovechó para dirigirse a “*mi hermano bajo protesta (bajo protesta de él), Juan Villoro*” para que adivinara

una hebra de una madeja, “*más cercana a la literatura que a la historia. Tal vez le sirva luego para completar ese libro que no sabe aún que escribirá*”. Afirmó que don Luis cumplió su misión. Como un centinela avanzado “*se percató de cambios y movimientos que, para la inmensa mayoría de la intelectualidad autodenominada progresista, pasaron desapercibidos*”. Concluyó recordando la petición de don Luis de que, a su muerte, revelara lo ocurrido a su familia: “*Cuénteles mi historia. (...) Dígales que se los oculté no como se esconde un crimen, sino como se guarda un regalo*” (SCI Marcos, 2015).

Juan contestó en nombre de su familia, agradeciendo el homenaje: “*Nos hemos reunido en una nube, uno de los regalos del movimiento zapatista, y ojalá esta nube pudiera llover sobre el resto del país para transformarlo*” (De Llano, 2015). Ese mismo día, fueron depositadas las cenizas del filósofo al pie de un liquidámbar. En una crónica del acto, Villoro afirmaba la utopía zapatista en la que creía su padre:

“Para muchos, el zapatismo se ha difuminado. No es así. De las proclamas de la primera hora, el movimiento pasó a la paciente construcción de la vida diaria. (...) Las Juntas de Buen Gobierno imparten justicia colectiva, las clínicas mejoran sus métodos, las escuelas amplían sus horizontes” (2015a).

Al día siguiente, el EZLN había convocado un seminario de debate con el título “*El pensamiento crítico frente a la hidra capitalista*”, en el que Villoro participó con la ponencia “La duración de la impaciencia”, donde dijo, parafraseando al *Sup*: “*Los zapatistas nos han invitado a soñar el porvenir. Son impacientes pero su impaciencia dura mucho*”. Afirmó que era un honor estar con el zapatismo veinte años después, un *katún* más. Destaca como uno de sus aciertos haber impulsado otro sentido del tiempo y ser, como dice Agamben, plenamente contemporáneo, porque está críticamente en el mundo mientras imagina otro mundo posible, lejos de nostalgias por tiempos pasados o arcádicos, una impronta que han legado a los movimientos antiglobalización que le son afines. Destacó que esta imaginación estaba basada en la comunidad, en la búsqueda de una paz con justicia y dignidad, al estilo de Gandhi, con una comunidad que se pretende sin jerarquía y sin poder, con valores socializados y compartidos (Villoro, 2015b). Ese mismo año, en otro texto, glosaba *La alternativa* (2015) el libro póstumo de su padre, que incluía su correspondencia con Marcos, que:

“plantea la necesidad de pasar de una democracia representativa a formas más directas de mando colectivo. ¿Puede la política coexistir con la ética? Sí, siempre y cuando el ejercicio del poder sirva a la comunidad y no sea un fin en sí mismo”.

Mientras aboga por replicar el modelo zapatista en México, se distancia de la lucha electoral: (las elecciones son) *“la oportunidad de escoger a nuestros asaltantes”* (2015c).

El año siguiente, Villoro reafirma su alineamiento con *Una estrella zapatista*, un artículo publicado en *El País*, en el que recordaba que

“La meta del EZLN no era obtener el poder sino mejorar la vida de las comunidades indígenas; (...) se han establecido Juntas de Buen Gobierno donde se ejerce una democracia directa, las autoridades no cobran y “mandan obedeciendo”. Ahí la palabra “yo” se pronuncia menos que “nosotros”. El Hospital de la Mujer y la Escuelita Zapatista son muestras de una asombrosa mejoría en salud y educación, conseguida en situaciones muy adversas. El levantamiento transitó hacia una forma más sosegada y resistente de la épica: el heroísmo de la vida diaria” (2016a).

El subcomandante Galeano, en varias cartas públicas, invitaba a su *“hermano”* Villoro a participar en las siguientes iniciativas zapatistas, el *CompArte* en julio y el *ConCiencia* en diciembre (SCI Galeano, 2016). Así, Villoro no sólo ha reemplazado a su padre en el diálogo epistolar con el ahora *subcomandante Galeano* sino que colabora activamente en las actividades del EZLN. De nueva cuenta, muestra su acercamiento al propio *Marcos-Galeano*: *“tiene una obra amplísima. Es el escritor más prolífico de mi generación y es básicamente un escritor político”* (González, 2016).

Coherente con ese compromiso, al ganar en junio el Premio de Poesía Ramón Velarde 2016, donó su dotación económica para apoyar el desarrollo de proyectos educativos y sanitarios en las comunidades zapatistas. En julio, participó en el *CompArte*, donde reflexionó sobre los diversos y disímiles modos del ser mexicano y del movimiento indio:

“el zapatismo es, desde el principio, una forma de transformación de la realidad, sin esperar a una meta en el futuro: escucharlos y visitarlos significa que están poniendo en práctica lo que dicen, (...) me siento muy orgulloso de formar parte de este movimiento (...) ahora que mi padre falta, me gusta continuar su camino, tener interlocución con este movimiento” (Villoro, 2016b).

Como él mismo asegura en el prólogo de *Espejo retrovisor*, “*la vida se vive hacia delante, pero se entiende hacia atrás*”, (2013b, 9). Así, vemos como Juan Villoro ha ido evolucionando en su relación con el zapatismo. De una inicial simpatía hacia las reivindicaciones indias, que convivía con una distancia crítica, *incómoda*, ante las líneas políticas y los modos del subcomandante Marcos, un *katún* después, ha pasado a una explícita identificación y colaboración con el EZLN. En ello han influido, sin duda alguna, la posición militante de su padre, su mayor y mejor conocimiento de los logros cotidianos del autogobierno indígena y, también, el *paso atrás* y la *transfiguración* de Marcos en Galeano para dar mayor protagonismo a la dirigencia y las comunidades indígenas. Así, Juan Villoro ha recorrido el camino contrario al de muchos otros intelectuales y, a contracorriente, se alinea con el zapatismo. Es muy significativo que lo vea como *la gran esperanza para México*, en un momento en que la violencia del Estado y *el narco* y el avance de la necropolítica amenazan con convertirlo en un Estado fallido. Y eso es así, porque “*un movimiento dispuesto a cambiar el mundo debe prefigurar en su estrategia la sociedad que propone*” (2016c). Por ello, destaca que los encapuchados zapatistas “*refrendan que en el país de la injusticia y el rencor, la alegría y el arte son formas de dignidad rebelde*” (Ídem).

Al final de su intervención en el CompArte, añadió otro motivo, más subjetivo y sugerente, para esta identificación entre el zapatismo, su poética literaria y su esperanza política:

“Una de las grandes aportaciones del movimiento zapatista ha sido precisamente el valor desafiante y rebelde del sentido del humor, la capacidad de la ironía; nos pueden robar muchas cosas, pero no nos pueden robar la risa, ese derecho a contrapelo a la dicha” (Villoro, 2016b).

Bibliografía

Blissett, L., Brünzels, S., & Grupo autónomo AFRIKA (2000). *Manual de guerrilla de la comunicación*. Barcelona: Virus.

Burbach, R. (1994). Roots of the Postmodern Rebellion in Chiapas (Raíces de la rebelión posmoderna en Chiapas). *New Left Review*, n° 205, 113-124.

De Llano, P. (2015, 4 de mayo). Marcos reaparece entre la niebla. *El País*, p. 6.

De Vos, J. (2011). Textos encontrados. La rebelión zapatista en la voz de tres escritores chiapanecos. En K. Vanden, A. Huffschmid, & R. Lefere (Eds.), *El EZLN y sus intérpretes*. México D.F.: UACM, 231-262.

Errejón, I. (2016, 20 de abril). Podemos a mitad de camino. *CTXT*, 61. Recuperado 5 de septiembre de 2016. <http://ctxt.es/es/20160420/Firmas/5562/Podemos-transformacion-identidad-poder-cambio.htm>

García, A. (1994). *EZLN. Documentos y comunicados 1*. México D.F.: Era.

García, G. & Pombo, R. (2001, 24 de marzo.). Gabriel García Márquez, ante el 'subcomandante' Marcos. *El País*, p. 25-26.

Gelman, J. (1996, 22 de abril.). El futuro del zapatismo está en su lenguaje: Sup Marcos. *La Jornada*, p. 27.

González, R. (2016, 15 de abril.). Juan Villoro: Me interesa más la gente que está en tensión con su país. *Ahora*, 29. Recuperado 15 de septiembre de 2016. <https://www.ahorasemanal.es/juan-villoro-«me-interesa-mas-la-gente-que-esta-en-tension-con-su-pais»>

Gopegui, B. (2005). Literatura y política bajo el capitalismo. *Guaragua*, 21, p. 9-20.

Gopegui, B. (2014). *El comité de la noche*. Barcelona: Random House.

Hernández, L. (2014, 7 de marzo). Fallece Luis Villoro, filósofo de las causas sociales. *La Jornada*, p. 15.

Lario, M. (2015). *Los armados de la palabra. Análisis comunicativo de la autonomía zapatista*. Tesis doctoral no publicada. Universidad de Murcia. Murcia. España.

Le Bott, Y. (1997). *Subcomandante Marcos. El sueño zapatista*. Barcelona: Anagrama.

León-Portilla, M. y Shorris, E. (2004). *Antigua y nueva palabra*. México D.F.:Aguilar.

Marín, F. (2005). Entrevista a Juan Villoro. *Guaragua*, 21, p. 101-114.

Mandujano, I. (2013, 9 de diciembre). Recibe Oscar Oliva Premio Internacional de Poesía "Ramón López Velarde" 2013. *Chiapas paralelo*. Recuperado 5 de mayo de 2015. <http://www.chiapasparalelo.com/trazos/2013/12/recibe-oscar-oliva-premio-internacional-de-poesia-ramon-lopez-velarde-2013/>

Rancière, J. (2015). *El hilo perdido: ensayos sobre la ficción moderna*. Buenos Aires: Ediciones Manantial.

Reyes, J.A. (2011,10 de abril). Literatura y realidad. La literatura chiapaneca a raíz del alzamiento de 1994. *Revista replicante*. Recuperado 23 de junio de 2013. <http://revistareplicante.com/literatura-y-realidad/>

Sierra, P. (2014, 11 de agosto). Juan Villoro: En Europa la vida no se improvisa y en América Latina sobrevivir es un acto de fe. *Negra tinta*. Recuperado 23 de junio de 2016. <http://negratinta.com/juan-villoro-en-europa-la-vida-no-se-improvisa-en-america-latina-sobrevivir-es-un-acto-de-fe/>

Steele, C. (2002). The Rainforest Chronicles of Subcomandante Marcos (Las crónicas de la selva tropical del subcomandante Marcos). En I. Corona & B. E. Jörgensen (Eds.), *The contemporary Mexican Chronicle. Theoretical perspectives on the liminal genre* (pp. 245-255). Albany: State University of New York Press.

Subcomandante Insurgente Galeano (2016, 28 de febrero). Las artes, las ciencias, los pueblos originarios y los sótanos del mundo. *Enlace zapatista*. Recuperado 23 de junio de 2016. <http://enlacezapatista.ezln.org.mx/2016/02/28/las-artes-las-ciencias-los-pueblos-originarios-y-los-sotanos-del-mundo/>

Subcomandante Insurgente Marcos (2015, 2 de mayo). Luis Villoro Toranzo, el zapatista.

Enlace zapatista. Recuperado 23 de junio de 2016.
<http://enlacezapatista.ezln.org.mx/2015/05/02/luis-el-zapatista/>

Vanden, K. (2004). La nación en los tiempos de la globalización: algunas tensiones en el discurso zapatista. En G. Maihold. *Las modernidades de México. Espacios, procesos, trayectorias* (pp. 557-570). México DF: Miguel Ángel Porrúa-ADLAF.

Vanden, K. (2005). *Narrativa de la rebelión zapatista: los relatos del subcomandante Marcos*. Madrid: Iberoamericana y Vervuert.

Vanden, K. (2009). Desde las montañas del sureste. En J.C. González (Ed.), *Tendencias de la narrativa mexicana actual* (pp.245-273). Madrid-Frankfurt am Main-México D.F.: Iberoamericana, Vervuet & Bonilla Artigas.

Vanden, K., Huffschmid, A. & Lefere, R. (Eds.) (2011). *El EZLN y sus intérpretes*. México D.F.: UACM

Vanden, K. (2012): *Las novelas de la rebelión zapatista*. Berna: Peter Lang A.G.

Volpi, J. (2004). *La guerra y las palabras*. Barcelona: Seix Barral.

Womack, J. Jr. (2009). *Rebelión en Chiapas. Una antología histórica*. México D.F: Debate, Random House Mondadori.

Zaid, G. (1994). Chiapas: la guerrilla postmoderna. *Claves de razón práctica*, 44, 22-34.

Zaslavsky, D. (2006). Les traductions du discours zapatiste (Las traducciones del discurso zapatista). *TTR: traduction, terminologie, redaction*, 2, 117-147.

Zavala, O. y Ruisánchez, J.R. (2011). *Materias dispuestas. Juan Villoro ante la crítica*. Avinyonet del Penedés: Editorial Candaya.

Obras de Juan Villoro

Villoro, J. (1995a). *Los once de la tribu, crónicas de rock, fútbol, arte y más*. México D.F.: Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara.

Villoro, J. (1995b). La frontera de los ilegales. *Anales de literatura hispanoamericana*, 24, 64-74.

Villoro, J. (2001). Chiapas: el regreso de los intocables. *Autodafe*, 2, 79-87.

Villoro, J. (2004a). *El testigo*. Barcelona: Anagrama.

Villoro, J. (2004b). La mirada de Zapata. *Letras libres*, 62.

Villoro, J. (2005). [*Safari accidental*](#). México, D. F.: Joaquín Mortiz.

Villoro, J. (2011). Mi padre, el cartaginés. *Orsai*, 1, 18-19.

Villoro, J. (2012). *Arrecife*. Barcelona: Anagrama.

Villoro, J. (2013a, 3 de enero). Hermanos. *Reforma*, p.11 A.

Villoro, J. (2013b). *Espejo retrovisor*. México D.F.: Seix Barral.

Villoro, J. (2013c, 8 de diciembre). La taquería revolucionaria. *La Jornada Semanal*, 979, 7-8.

Villoro, J. (2014, 6 de junio). Los renunciantes. *Reforma*, p. 13 A.

Villoro, J. (2015a, 16 de mayo). Un árbol de liquidámbar. *El Periódico*.

Villoro, J. (2015b, 4 de mayo). *La duración de la impaciencia*. Ponencia presentada en Seminario El pensamiento crítico frente a la hidra capitalista, en CIDECl, San Cristóbal de Las Casas, Chiapas, México. <https://www.youtube.com/watch?v=mkHmVyh3KUQ>

Villoro, J. (2015c, 27 de noviembre) La alternativa. *Reforma*, p. 9 A.

Villoro, J. (2016a, 3 de enero). La estrella zapatista. *El País*, p.17

Villoro, J. (2016b, 25 de julio). *Conferencia en CompArte por la Humanidad*. Ponencia en CIDECI San Cristóbal de Las Casas, Chiapas, México.
<http://radiozapatista.org/Audios/rzchiapas/juanvillorodos.mp3>

Villoro, J. (2016c, 29 de julio). *CompArte. Reforma, 7 A.*